

ANEJOS DEL BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

ANEJO I

HOMENAJE A
JORGE LUIS BORGES



BUENOS AIRES
1999



LOS ÁNGELES DE BORGES

El motivo de los ángeles aparece en varios textos de Borges, pero en algunos de ellos tienen relieve protagonista, particularmente en el ensayo "Historia de los ángeles", que apareció por primera vez en *La Prensa*, el 7 de marzo de 1926 y fue incluido en *El tamaño de mi esperanza* (1926)¹; en el ensayo "Los Ángeles de Swedenborg", perteneciente a *El libro de los seres imaginarios* (1967)² y en el poema "El Ángel", que apareció en *La Nación* del 25 de marzo de 1979 y fue luego incluido en *La cifra* (1981)³.

¹ Buenos Aires, Proa, 1926; 2a. ed. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina/ Seix Barral, 1993, pp. 63-69. Citaré por esta edición, 3a. reimpresión, marzo 1994.

² 1a. ed. Buenos Aires, Kier, 1967, 159 p. (en colaboración con Margarita Guerrero), libro incluido en *Obras completas en colaboración*, Buenos Aires, Emecé, 1979, pp. 567-714. En esta edición, por la que citaré, el ensayo mencionado está en la p. 547.

³ *La cifra*, Buenos Aires, Emecé, 1981, p. 67 (citaré por esta edición).

Me centraré en el análisis de estos tres textos, aunque un corte longitudinal a través de la obra de Borges podría ampliar el registro de este motivo. Me referiré además, como corpus auxiliar, al poema "Campos atardecidos" de *Fervor de Buenos Aires* (1923)⁴ y a la nota "El Ángel de la Guarda en Avellaneda", una de las "Anotaciones" hechas a *Cuaderno San Martín*⁵.

En este estudio me propongo establecer cuáles son las modulaciones que ofrece el tema en la obra de Borges. También trataré de determinar algunas de las fuentes y las actitudes del ensayista o del poeta hacia los ángeles.

"Historia de los ángeles"

Este ensayo, incluido, como dijimos, en *El tamaño de mi esperanza* (1926), pertenece al período juvenil y martinfierrista de Borges. Pueden captarse varias notas de su estilo juvenil: frescura, desparpajo, humor, irreverencia y –a pesar de la universalidad del tema– algunas marcas del criollismo literario.

No obstante la brevedad del ensayo y su evidente voluntad de síntesis, Borges se muestra como un bien documentado angelólogo, que nos brinda una mirada histórica sobre los ángeles, desde su creación hasta su supervivencia en la cultura contemporánea. Podemos

El poema permanece en todas las ediciones posteriores de ese libro y pasa así a las *Obras completas*.

⁴ Citaré por la edición de *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 49.

⁵ En la versión incluida en *Poemas 1923-1953*, Buenos Aires, Emecé, 1954. Estas "Anotaciones" no figuran en las *Obras completas*, pero sí están incluidas en la reedición de *Luna de enfrente, Cuaderno San Martín*, Buenos Aires, Emecé, 1995, pp. 96-97.

distinguir en el artículo la siguiente estructura interna: en una primera parte el ensayista hace referencia a los ángeles según aparecen en el Antiguo y en el Nuevo Testamento; en segundo lugar, hace referencia a los ángeles en el Islam; luego examina la evolución de la teología sobre ellos durante la Edad Media; a continuación alude a la presencia angélica en las doctrinas cabalísticas; revisa algunos ejemplos de esa presencia a través de la poesía española; finalmente cierra el artículo con consideraciones personales sobre el tema, que amplían las que había ido intercalando a lo largo del artículo. El escritor no es un mero expositor o historiador, sino que es, en todo momento, un yo opinante, que a través de indicios estilísticos o por la directa interrelación de juicios, da a su escrito un claro carácter ensayístico.

Haremos algunas consideraciones con respecto a cada una de estas partes. En la primera, que se configura en dos largos párrafos, el ensayista nos dice:

Dos días y dos noches más que nosotros cuentan los ángeles: el Señor los creó el cuarto día y entre el sol recién inventado y la primera luna pudieron balconear la tierra nuevita que apenas era unos trigales y unos huertos cerca del agua. Estos ángeles primitivos eran estrellas. A los hebreos era facilísimo el maridaje de los conceptos ángel y estrella: elegiré, entre muchos, el lugar del Libro de Job (capítulo treinta y ocho, versillo séptimo) en que el Señor habló entre el torbellino y recordó el principio del mundo *cuando me cantaron juntamente estrellas de aurora y se regocijaron todos los hijos de Dios* (p. 63).

En realidad, no hay acuerdo entre los exegetas bíblicos con respecto al momento en que fueron creados los ángeles, pues este dato no está explícito en las Escrituras.

Muchos Padres de la Iglesia han opinado que el mundo invisible precede al visible, otros entienden que la creación de la luz el día primero se refiere también a la creación de la luz espiritual, que representa el mundo angélico⁶. Borges —y sus fuentes— atribuyen la creación de los ángeles al cuarto día, cuando Dios creó “los dos luceros mayores [...] y las estrellas; y púsolos Dios en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra” (Génesis, 1,16-17). Esta hipótesis se explica por la relación que los hebreos establecieron entre ángeles y estrellas, a la que también se alude en el ensayo.

Los párrafos dedicados a exponer sobre la presencia de los ángeles en las Sagradas Escrituras demuestran una lectura de numerosos textos bíblicos en los que se hace referencia a ellos, a veces con mención bibliográfica precisa (por ejemplo la cita de Job ya transcrita). Pero frecuentemente el escritor sacrifica la precisión de la cita a un estilo más literario, más ágil, más sintético, no exento, como anticipamos, de criollismo. Destaco en el fragmento transcrito la imagen de los ángeles “balconando” desde las estrellas y el uso de diminutivos (uno de los recursos literarios frecuentes en esta etapa borgeana, mediante el cual acriolla y coloquializa su estilo). Y podríamos agregar otros ejemplos con estas connotaciones a lo largo de todo el artículo: aparecen “caterva de ángeles”, “ángeles que vienen por el camino derecho de la llanura”, “ángeles que son como baquianos en la soledad”, ángeles que se relacionan con “tardecitas, arrabales y descampados”.

El ensayista hace una enumeración sintética y abigarrada de las diferentes figuras y funciones angélicas que aparecen en las Escrituras y nos deja a los lectores

⁶ Cf. “Los ángeles”, en *Iniciación teológica*, Barcelona, Herder, 1957, t. I, pp. 502-503.

la tarea investigativa de localizar las referencias, ayudados tal vez por las clasificaciones temáticas que aparecen al final de las diversas versiones de la Biblia, o por las precisiones que nos dan diversas Enciclopedias, como la *Británica* o el *Diccionario de Teología Católica*⁷ (que él menciona en otros ensayos) o el más moderno *Catecismo de la Iglesia Católica*⁸ (que él no pudo haber consultado por aquella época). Pero a la lectura que Borges evidencia de las fuentes bíblicas, hay que sumar su extraordinaria cultura literaria, que relaciona esas citas con versos de Quevedo, o con traducciones de Fray Luis de León o que —avanzando el artículo— rastrea el motivo angélico en diversos poetas hasta la actualidad.

Decíamos que Borges hace una mención sintética, alusiva y sugerente de algunos de los ángeles bíblicos y que nos deja la tarea de localizar las referencias. Nos dice, por ejemplo: “Hay ángeles forzudos como gañanes, como el que luchó con Jacob toda una santa noche, hasta que se alzó la alborada”. Alude aquí al episodio narrado en el Génesis 32, 22-31. Dice también: “Hay ángeles de cuartel, como ese capitán de la milicia de Dios que a Josué le salió al encuentro”, aludiendo al episodio en el que un ángel con espada desenvainada aparece ante Josué y le manda que se quite las sandalias porque está pisando un lugar santo (Josué 5, 13-15). Y agrega: “Hay dos

⁷ *Dictionnaire de Théologie Catholique* commencé sous la Direction de A. Vacant et E. Mangenot; continué sous celle de E. Amann, troisième tirage, Paris, Librairie Letouzey et Ané, 1923, t. I, pp. 1190-1271.

⁸ Montevideo, Lumen, 1992, ítems 328 a 336. Sobre este tema puede verse también el capítulo “Los ángeles”, en *Iniciación teológica*, ed. cit., t. I, pp. 491-518; Ulric Simon, *Heaven in the Christian Tradition*, New York, 1958; Dom García Colomás, *Paraíso y vida angélica*, Monserrat, 1958; Peter Lamborn Wilson, *Angels*, London, Thames and Hudson, 1980 (incluye excelente iconografía).

millares de miles de ángeles en los belicosos carros de Dios", probablemente refiriéndose a la visión narrada en Daniel 7,10, en la que el profeta contempla a un Anciano en su trono: "Miles de millares le servían, miríadas de miríadas estaban en pie delante de él". En general, los textos bíblicos y la doctrina patrística coinciden en que el número de los ángeles es muy numeroso⁹.

Continúa refiriéndose así a varios episodios del Antiguo Testamento y luego transita hacia el Nuevo con tono juvenilmente irrespetuoso: "Pero el angelario o arsenal de ángeles mejor abastecido es la Revelación de San Juan: allí están los ángeles fuertes, los que debelan al dragón, los que pisan las cuatro esquinas de la Tierra para que no se vuele, los que cambian en sangre una tercera parte del mar [...] los que son algarabía de águila y de hombre". Efectivamente, el Apocalipsis es pródigo en ángeles, por lo cual seleccionaremos para dar referencias más precisas solo algunas de las citas a las que alude el joven Borges: "los cuatro Ángeles de pie en los cuatro extremos de la tierra, que sujetaban los cuatro vientos de la tierra" aparecen en Ap. 7,1; los mencionados "ángeles fuertes" son múltiples: ante el libro sellado aparece "un Ángel poderoso que pregona a gran voz" (5,2); siete están de pie delante de Dios, con trompetas de oro y al sonido de esas trompetas acaecen infinitos horrores en el mundo (8,2 y ss.); un Ángel con incensario de oro que está junto al altar, llena el incensario con fuego y lo arroja a la tierra (7,5) y por fin, aparece en la visión de San Juan, el Ángel más poderoso de todos, el que "desciende del cielo revestido de una nube, con un arco iris sobre su cabeza, cuyo rostro es como el sol y cuyos pies son como columnas de fuego

⁹ Cf. *Iniciación teológica*, cap. cit., pp. 503-504.

[...] el pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra", que clama "con voz grande, de la manera como ruge el león" (10, 1-3). Estos y otros ángeles apocalípticos son englobados con gran economía expresiva —que ya es característica desde este período juvenil— en un solo párrafo pleno de sugerencias.

Hace luego el ensayista, como anticipamos, una breve referencia a los ángeles en el Islam, donde los musulmanes "viven desaparecidos por ángeles [...] ya que según Eduardo Guillermo Lane¹⁰, a cada seguidor del profeta le reparten dos ángeles de la guarda o cinco, o sesenta, o ciento sesenta".

Luego menciona otro hito en la angelología: la Jerarquía Celestial, según él "atribuida con error al converso griego Dionisio y compuesta en los alrededores del siglo V". El escritor se refiere, no sin ironía, al "documentadísimo escalafón del orden angélico", aludiendo así a la doctrina ya esbozada por San Pablo (Efesios, 1, 21 y Colosenses 1, 16), luego establecida por Dionisio y modulada por otros teólogos posteriores, según la cual los ángeles están organizados en nueve coros, que se subdividen a su vez en tres jerarquías cada uno. Romano Guardini¹¹ nos explica este orden diciendo que la existencia de los Ángeles, después de haber optado por Dios en un acto de libertad personal, consiste en la coejecución de la vida de Dios mediante la contemplación, el amor, la alabanza y el servicio. La "alabanza" significa el acto por el cual la criatura reconoce que Dios "es digno de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la

¹⁰ Es esta una posible fuente bibliográfica borgeana, que no he podido localizar.

¹¹ Romano Guardini, *El Ángel en la Divina Comedia*, Buenos Aires, Emecé, 1961, pp. 86-87.

fuerza, el honor, la gloria y la alabanza" (Ap. 5,12). El "servicio" es la actividad que cumplen los ángeles en la obra universal de Dios.

El hecho de que lo distinto encuentre justificación, pero forme parte de la unidad del todo, en el orden del santo dominio y del santo servicio, determina la "Jerarquía". En ella, los ángeles pertenecientes a las tres órbitas superiores viven en la contemplación directa de Dios, vueltos por entero hacia él. Son los Serafines, los ángeles cuyo acto existencial es todo amor, los Querubines, que tienen su esencia en el conocimiento de Dios y los Tronos, que la tienen en la realización del eterno presente de Dios. Los ángeles de la segunda órbita (Dominaciones, Virtudes y Potestades) representan distintas formas de una existencia que consiste en la realización contemplativa y amorosa de los designios universales de Dios, de la plenitud y de la ley de estos. Las tres últimas órbitas, los Principados, los Arcángeles y los Ángeles, viven en la realización del crear y del regir mismos de Dios, del acaecer del mundo y de la historia humana. Los ángeles viven en Dios pero son asimismo los enviados a través de los cuales Él obra en el mundo (Guardini, pp. 85-88). Borges selecciona de la descripción jerárquica atribuida a Dionisio, la distinción "entre los querubim y los serafim, adjudicando a los primeros la perfecta y colmada y rebosante visión de Dios y a los segundos el ascender eternamente hacia Él, con un gesto a la vez extático y tembloroso, como de llamaradas que suben" (pp. 64-65). Relaciona también la Jerarquía con uno versos de Alejandro Pope: "*As the rapt seraph, that adores and burns*" ("Absorto serafín que adora y arde").

Revisa luego la evolución de la angelología a través de los teólogos, deteniéndose en las especulaciones del teólogo alemán Rothe sobre las facultades y atributos

angélicos, que incluyen la fuerza intelectual, el libre albedrío, la inmaterialidad, inespacialidad, la duración perdurable (con principio pero sin fin), la invisibilidad y la inmutabilidad.

Al resumir después la presencia de los ángeles en los cabalistas, menciona como sus fuentes bibliográficas para este punto el libro en alemán *Los elementos de la cábala* (Berlín, 1920) del doctor Erich Bischoff y la obra *Literatura rabínica* de Stehelin. El primero, nos dice, "enumera los diez *sefiroth* o emanaciones eternas de la divinidad, y hace corresponder a cada una de ellas una región del cielo, uno de los nombres de Dios; un mandamiento del decálogo, una parte del cuerpo humano y una laya de ángeles". Refuta la acusación de vaguedad hecha a los cabalistas, sosteniendo que, por el contrario, eran fanáticos de la razón y la causalidad.

Pasa luego a revisar el motivo angélico en la literatura, seleccionando ejemplos de Juan de Jaúreguí, Góngora, Lope y Juan Ramón Jiménez. El ensayo termina manifestando el casi milagro que significa la supervivencia del ángel en la literatura a través de los siglos, hasta la actualidad. Dice el ensayista:

La imaginación de los hombres ha figurado tandas de monstruos (tritones, hipogrifos, quimeras, serpientes de mar, unicornios, diablos, dragones, lobizones, cíclopes, faunos, basiliscos, semidioses, leviatanes y otros que son caterva) y todos ellos han desaparecido, salvo los ángeles (p. 67).

Los ensayos contenidos en *El tamaño de mi esperanza* (como los poemas de *Fervor de Buenos Aires*) tienen en germen su mundo literario posterior. Si bien Borges tenía valideras razones para no querer reeditar estos ensayos juveniles, adscriptos a premisas artísticas como

el criollismo voluntario que él superó en su obra madura, creo que fue acertada la decisión de María Kodama de ponerlos a nuestro alcance. En el párrafo que acabo de transcribir están en germen dos de sus libros posteriores: *Manual de zoología fantástica* (1957) y el *Libro de los seres imaginarios*. Si se tiene en cuenta el altísimo lugar que los ángeles ocupan en las Sagradas Escrituras, en la tradición teológica católica elaborada desde la Patrística y, en general, en las grandes religiones, la mezcla con otros "seres imaginarios" de naturaleza y categoría diversas puede tener cierto toque irreverente. También es verdad que en *El libro de los seres imaginarios* se recogen figuras con una muy rica tradición cultural, que con frecuencia tienen importantes simbolismos psicológicos e inclusive religiosos.

Pero la ironía borgeana se manifiesta también en otros niveles: en algunas de las opiniones intercaladas, en algunos adjetivos, en algunas imágenes. La más notable es la que asimila los ángeles a los pájaros¹², que se desarrolla con voluntad artística pero también bromista, dispersa en diferentes párrafos: "Tanta bandada de ángeles no pudo menos que entremeterse en las letras" (p. 66), dice. Y más adelante añade: "pero a cualquier poesía, por moderna que sea, no le desplace ser nidal de ángeles" (p. 67). Y concluye: "son las divinidades últimas que hospedamos y a lo mejor se vuelan" (p. 67). Sin embargo, la actitud del ensayista hacia los ángeles no es permanentemente irreverente, es ambigua y

¹² Dante también lo hace, pero con otro tono, cuando habla del "divino pájaro", en *La Divina Comedia* (Purgatorio, II, 2): "Cuanto más se acercaba a nosotros el ave divina, más brillante aparecía: por lo cual, no pudiendo resistir su resplandor mis ojos, los incliné". (Cito por la versión editada en París, Garnier, s/f, p. 148, versión castellana de Enrique de Montalbán).

oscilante. El tema ha merecido su curiosidad intelectual, todo un trabajo de investigación, lectura, síntesis y elaboración artística¹³. A pesar de las notas irrespetuosas, se admira de la supervivencia de los ángeles y pone, finalmente, un toque personal, más íntimo:

Yo me los imagino siempre al anochecer, en la tardecita de los arrabales o de los descampados, en ese largo y quieto instante en que se van quedando solas las cosas a espaldas del ocaso y en que los colores distintos parecen recuerdos o presentimientos de otros colores (p. 67).

Este párrafo en el que el atrevimiento que ostenta el ensayo se arremansa y dulcifica, se relaciona con un poema muy juvenil del autor: "Campos atardecidos", que fue incluido en *Fervor* (1923), pero que ya había sido publicado con leves variantes en *Ultra* (Madrid, núm. 21, 1 en. 1922)¹⁴ durante su período ultraísta:

El poniente de pie como un Arcángel
tiranizó el camino.
La soledad poblada como un sueño
se ha remansado alrededor del pueblo.
Los cencerros recogen la tristeza
dispersa de la tarde. La luna nueva
es una vocecita desde el cielo.
Según va anocheciendo
vuelve a ser campo el pueblo ...

¹³ Nos preguntamos si todas las referencias bibliográficas intercaladas en el artículo son auténticas; no he podido corroborarlas en su totalidad y son conocidas las travesuras borgeanas a este respecto.

¹⁴ Cito por *Obras completas*, ed. cit., p. 49. Puede verse la primera versión en mi libro *El ultraísmo*, Madrid, Gredos, 1963, p. 146.

El Arcángel no es aquí el referente, el ser del que se habla, sino el término comparativo que describe un atardecer, comparación que surge del atrevimiento vanguardista, empeñado en aproximar realidades disímiles. Sin embargo la imagen es tan llamativa, que el término metafórico se impone como imagen dominante.

“Los Ángeles de Swedenborg”

Esta breve obra en prosa está incluida en *El libro de los seres imaginarios* (1967)¹⁵, escrito en colaboración con Margarita Guerrero. En esta obra, que amplía y reelabora el *Manual de zoología fantástica* (1957), se insertan los dos trabajos referidos a Swedenborg, sus ángeles y sus demonios, entre las descripciones de otros seres más o menos fantásticos, muchos de los cuales fueron enumerados en el párrafo de “Historia de los ángeles” que transcribí más arriba. Los ángeles aparecen, pues, mezclados en el libro con seres mitológicos, fantásticos o folclóricos.

En este contexto, Borges hace una síntesis de las características principales que tienen los ángeles en la obra del hombre de ciencia y filósofo sueco Emanuel Swedenborg (1688-1772)¹⁶. No indica en este ensayo la fuente de la que extrae este resumen aunque un breve cotejo permite inferir que se trata del libro *Del cielo y sus maravillas y del infierno* (*Coelo et inferno*, 1758)¹⁷.

¹⁵ Ed. cit., p. 547.

¹⁶ Si bien la obra está escrita en colaboración, las reiteradas referencias a Swedenborg en otras obras nos permiten inferir que este capítulo se debe a Borges.

¹⁷ He consultado la edición *Heaven and its Wonders and Hell; From Things Heard and Seen*. New York, Swedenborg Foundation Inc., 1956.

En otras ocasiones menciona las tres principales obras de Swedenborg relacionadas con el tema: *Los arcanos celestes* (*Arcana coelestia*) publicada en Londres, en latín, entre 1747 y 1758; *La verdadera religión cristiana* (*Vera christiana religio*, 1771) y la que acabamos de mencionar. Borges hace, a lo largo de diversas obras, no menos de veintiséis referencias al místico heterodoxo sueco¹⁸. Éste, en sus obras, "propone un sistema teosófico y salvacionista basado ante todo en una interpretación analógica y alegórica de las Escrituras y de los hechos sagrados, concepción que se vincula con toda la tradición del pensamiento esotérico. El autor refiere sus experiencias y visiones, en especial aquellas en las que sostuvo largas conversaciones con «los ángeles y otros seres celestes»"¹⁹. Borges sintetiza:

Los Ángeles de Swedenborg son las almas que han elegido el Cielo. Pueden prescindir de palabras; basta que un Ángel piense en otro para tenerlo junto a él. Dos personas que se han querido en la tierra forman un solo Ángel. Su mundo está regido por el amor; cada Ángel es un Cielo. Su forma es la de un ser humano perfecto. La del cielo lo es asimismo ...²⁰.

Estas y otras características definidas por Swedenborg y seleccionadas e interpretadas por Borges, difieren de la angelología judeo-cristiana ya que muchos de los caracteres del Cielo y de sus habitantes descriptos por el

¹⁸ Cf. el catálogo de citas borgeanas sobre este autor en *Borges*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1986, p. 174.

¹⁹ J. R. (Jaime Rest), *Diccionario de literatura universal*, Buenos Aires, Muchnik Editores, 1965, t. I, p. 117.

²⁰ J. L. Borges. *El libro de los seres imaginarios*, ed. cit., p. 574.

místico, provienen –según él– de sus propias visiones y conversaciones celestiales.

Esta breve prosa borgeana es ampliada en su conferencia sobre el escritor sueco, pronunciada el 9 de junio de 1978 en la Universidad de Belgrano²¹. Sin embargo, en ella la focalización sobre el tema que nos ocupa es menos puntual, ya que se refiere a la vida y la obra de Swedenborg; después de presentarnos al autor, de seguirlo a través de su evolución biográfica hasta el momento en que Jesús se le aparece y le pide que cree una tercera iglesia, la de Jerusalén, el conferencista comenta la obra y refuta que sea la de un loco, como algunos opinan; considera que está escrita en un estilo muy sereno y que expone con mucha autoridad, que es la obra de un viajero que ha recorrido tierras desconocidas y que las describe tranquila y minuciosamente. Borges atestigua haber leído los cuatro volúmenes de Swedenborg traducidos al inglés y publicados por la Everyman's Library.

En “Otro poema de los dones” encontramos otra referencia a los ángeles de Swedenborg cuando da gracias “al divino/laberinto de los efectos y las causas”: “Por Swedenborg, /que conversaba con los ángeles en las calles de Londres”²². Nuestro escritor, tan frecuentemente burlón, habla de la experiencia sobrenatural relatada por el vidente escandinavo con notable respeto y parece dar crédito a sus visiones y a sus ángeles.

²¹ Cf. “Emanuel Swedenborg”, en Jorge Luis Borges, *Borges oral*, Barcelona, Bruguera, 1980. pp. 47-67.

²² En *El otro, el mismo, Obras completas*, ed. cit., p. 936. También toca el tema en el poema “Emanuel Swedenborg”: “Más alto que los otros, caminaba / Aquel hombre lejano entre los hombres: / Apenas si llamaba por sus nombres / Secretos a los ángeles. Miraba / Lo que no ven los ojos terrenales: / La ardiente geometría, el cristalino / Edificio de Dios y el remolino / Sórdido de los goces infernales ... (Ibíd., p. 909).

“El Ángel”

Este poema apareció —como dijimos— en *La Nación* del 25 de marzo de 1979 y fue luego incluido en *La cifra* (1981). La actitud del yo literario con respecto al ángel es muy diferente a la que analizamos en su ensayo juvenil. El poema está escrito ya hacia el final de la vida de su autor y denota un sustancial cambio de actitud frente al tema. Aunque no ignoramos los aportes de la teoría literaria que distinguen al autor del hablante lírico (teoría que el propio Borges contribuyó a establecer), postulamos que son muchos los vasos comunicantes entre el yo lírico y un Borges que imagina la dimensión espiritual de su vida, su momento final y el enfrentamiento con lo Sagrado²³. La madurez humana alcanzada y la gravedad del momento que avizora excluyen la irreverencia e imagina al Ángel (cuyo nombre se escribe ahora sistemáticamente con mayúsculas) con serena pero fuerte grandeza.

El poema consta de dos núcleos o estrofas, la segunda muy breve. La primera agrupa una serie de oraciones desiderativas que pueden interpretarse básicamente como expresiones de deseo pero también como signos de una actitud de ruego religioso:

²³ Borges (el hombre Borges, el hablante literario) tiene oscilaciones con respecto a la fe en la existencia de un Más Allá. Por ejemplo en su poema “Del Infierno y del Cielo”, inserto en *El otro, el mismo* (1964) pero datado en 1942 (se publicó primero en *Otros poemas*, 1943; en *Otras composiciones*, 1954, 1958; en *Libro del Cielo y del Infierno*, 1960), expresa su descreimiento con respecto a la existencia de un Cielo y de un Infierno. Vuelve allí a referirse negativamente al tema de la Jerarquía angélica: “Dios no requiere/ para alegrar los méritos del justo./ orbes de luz, concéntricas teorías/ de tronos, potestades, querubines./ ni el espejo ilusorio de la música/ ni las profundidades de la rosa...” (En *OC*, ed. cit. p. 864).

Que el hombre no sea indigno del Ángel
cuya espada lo guarda
desde que lo engendró aquel Amor
que mueve el sol y las estrellas
hasta el Último Día en que retumbe
el trueno en la trompeta.

En la primera oración se presenta al Ángel en relación con el hombre, marcando ya claramente la superioridad de la criatura celestial con respecto a aquel. El Ángel guarda al hombre, pero su figura está lejos de la dulce iconografía de los Ángeles de la Guarda producida para la recepción infantil. Por el contrario, la atribución de una espada le confiere en nuestra imaginación un aspecto erguido, imponente y guerrero, imagen de raigambre bíblica y con desarrollo iconográfico, muy alejada también de los rollizos ángeles del barroco o del arte rococó. La solemnidad de la presentación se refuerza por la evidente alusión a la *Divina Comedia* de Dante, en los versos que nombran a Dios como "el Amor/ que mueve el sol y las estrellas" (Paraíso, Canto XXXIII). Esta alusión vincula también al Ángel con los que aparecen en la obra de Dante, delegados, mensajeros o contempladores de Dios²⁴. La referencia al "Último Día en que retumbe/ el trueno en la trompeta", por sus resonancias apocalípticas, por su alusión al día del Juicio Universal y por la solemnidad del momento imaginado, solemniza también la figura sugerida del Ángel. Es notable la economía descriptiva ya que la imagen se presenta sin adjetivación, sólo a través de un sistema de relaciones culturales.

Si bien el Ángel de la Guarda es permanente compa-

²⁴ Cf. R. Guardini, *El Ángel en la Divina Comedia*, ed. cit.

ñero del hombre y es el intermediario o mensajero de las mociones divinas, el hombre es libre y puede aceptarlas o desoír las. Es por ello que, en el poema, es el hombre quien puede conducir al Ángel a lugares degradantes. Las tres oraciones desiderativas siguientes nos presentan una ética, que coincide con la ética cristiana, pero también con la particular concepción ética borgeana.

Que no lo arrastre a rojos lupanares
ni a los palacios que erigió la soberbia
ni a las tabernas insensatas.
Que no se rebaje a la súplica
ni al oprobio del llanto
ni a la fabulosa esperanza
ni a las pequeñas magias del miedo
ni al simulacro del histrión;
el Otro lo mira.

Con gran capacidad de síntesis se sugieren los pecados de la carne (lupanares, tabernas) y los pecados del espíritu (la soberbia). Desde el punto de vista de las técnicas literarias, es notable el uso de un recurso que Borges asimiló del expresionismo y que se convirtió en una constante de su estilo: el desplazamiento calificativo o hipálage: "tabernas insensatas", "fabulosa esperanza". Me refería antes a modalidades de la ética borgeana. Las expresiones: "el oprobio del llanto" o "que no macule su cristal una lágrima" nos recuerdan al "Nadie rebaje a lágrima o reproche" del "Poema de los dones", motivo que se reitera en poemas que atestiguan actitudes estoicas de antepasados y familiares frente al dolor, la enfermedad o la muerte.

Cuando el hablante lírico nos exhorta o se exhorta a recordar "que nunca estará solo" pues "el Otro lo mira",

de algún modo hace una opción teológica por la alteridad de Dios²⁵. Las doctrinas gnósticas que penetraron el romanticismo, el simbolismo y sus derivados en el siglo XX, contribuyeron a instaurar en gran número de escritores un panteísmo indiferenciado: el yo del poeta era o es –de algún modo– parte de la divinidad. El hablante lírico es aquí categórico: Dios es el Otro (aunque existan infinitos puentes, canales de la vida divina y posibilidades de unión). Si bien Dios es Otro, penetra y mira permanentemente al hombre. El poeta concuerda con múltiples testimonios bíblicos, como el salmo 139: “Yahveh, tú me escrutas y me conoces;/ sabes cuándo me siento y cuándo me levanto,/ mi pensamiento calas desde lejos...”²⁶. Por ello dice:

Que recuerde que nunca estará solo.
En el público día o en la sombra
el incesante espejo lo atestigua:
que no macule su cristal una lágrima.

La idea procede también de los Evangelios: nada quedará oculto. “El incesante espejo” es metáfora de la eternidad, de la Memoria divina, de la “Memoria que no acaba nunca”, según palabras de Francisco Luis Bernárdez.

En la última estrofa el poeta pasa de la tercera a la primera persona gramatical en la oración desiderativa:

Señor, que al cabo de mis días en la tierra
yo no deshonre al Ángel.

²⁵ Cf. también el poema “El otro”, en *El otro, el mismo*. Una revisión de la obra total de Borges desde este ángulo podría dar otras respuestas.

²⁶ “Tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”. Mt., 6, 6 y 6, 18.

Hay una gradualidad en la confesión de la intimidad y aquí queda explícita la intención de ruego, que en la primera larga estrofa solo estaba sugerida.

¿Tiene el poema valor autobiográfico? Podría tratarse de un ejercicio retórico, de un modo de dar otra respuesta estética al desafío del tema angélico, que incitó a Borges desde su juventud. Pero también, de un aflorar sincero de una de las facetas del espíritu borgeano: la sembrada por doña Leonor Acevedo de Borges, católica ferviente. "La discordia de sus dos linajes", la dicotomía interior entre los valores de la madre y los de su padre, libre-pensador, ha sido atestiguada por biógrafos como Emir Rodríguez Monegal²⁷.

Como observó el mismo Borges, también la poesía contemporánea buscó esplendores en el tema angélico: Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Rafael Alberti, entre otros, poblaron sus poemas con diferentes textualizaciones y simbolismos de estas criaturas. La noticia de que Francisco Luis Bernárdez iba a dedicar un libro al Ángel de la Guarda motivó la nota de Borges "El Ángel de la Guarda en Avellaneda". En ella nos dice: "Por Carlos Mastronardi, en noche de discusión y de caminata, supe que Francisco Luis Bernárdez, compartida amistad, pensaba dirigir un poema al Ángel de la Guarda". Se plantea a continuación, con leve ironía, cómo podría esbozarse el poema: una aparición del ángel en ternura, en un lugar odioso e insípido²⁸. Sin embargo, él mismo plasmó el tema años más tarde, con gran altura, enmarcándolo no en "un barrio de fábricas" sino en la superior atmósfera de la *Divina Comedia* del Dante.

²⁷ *Borges, una biografía literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

²⁸ Ed. cit.

¿Había quedado el tema rondando en su mente como un desafío poético? Su hermana Norah hizo de los ángeles su tema preferido, con un estilo que Rafael Squirru ha considerado "visionario"²⁹. Xul Solar, amigo de Borges, hizo también curiosos y bellos aportes a la iconografía angélica.

Aunque el ruego final del poema de Borges sea mucho más abarcador, nos es lícito afirmar que éste texto "no deshonra al Ángel".

GLORIA VIDELA DE RIVERO

²⁹ "Norah Borges", en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 3 de octubre de 1982, 4a. Secc., p. 2.